

LA GUERRA DE LOS MUNDOS

PRIMEROS CAPÍTULOOS PROMOCIONALES

H. G. Wells

LA GUERRA DE LOS MUNDOS



Selección
CLÁSICOS UNIVERSALES

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<https://www.facebook.com/MestasEdiciones/>
<https://www.instagram.com/MestasEdiciones/>
<https://x.com/MestasEdiciones/>
© Traducción: Emilio Martín Vaz
Correcciones: L.T.O.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Diseño de cubierta: Mestas Ediciones

Primera edición: *Octubre, 2026*

ISBN: 979-13-88133-22-0
Depósito legal: M-14741-2026
Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Mestas Ediciones deja constancia de que para la realización de este libro se ha apoyado en la inteligencia artificial para la confección de imágenes. Reservados todos los derechos. Todo el proceso de elaboración e impresión de este libro se ha realizado en Madrid (España).

INTRODUCCIÓN

Hay libros que entretienen, otros que inquietan, y unos pocos —muy pocos— que cambian para siempre la manera en que imaginamos el futuro. Cuando H. G. Wells publicó *La guerra de los mundos* en 1898, el planeta vivía confiado en el progreso, orgulloso de su ciencia y convencido de que la civilización europea representaba la cima de la inteligencia humana. Entonces Wells formuló una pregunta devastadora: ¿qué ocurriría si una inteligencia superior nos contemplara del mismo modo en que nosotros observamos a los insectos? De esa idea nace esta novela extraordinaria, que sitúa a la humanidad en el lugar del vulnerable, en la posición que tantas veces ha impuesto a otros pueblos y especies. Desde sus primeras páginas sentimos que algo inmenso se aproxima, una fuerza silenciosa capaz de quebrar nuestra arrogancia colectiva. Así comienza uno de los relatos más influyentes de la literatura moderna, una obra que inauguró el imaginario de las invasiones alienígenas y convirtió la ciencia ficción en una herramienta poderosa para examinar las fragilidades de nuestra propia especie.

Hoy nos resulta familiar imaginar naves espaciales, alienígenas o catástrofes planetarias, pero cuando Wells escribió la novela ese imaginario apenas existía. A finales del siglo XIX, la ciencia vivía una época de entusiasmo casi eufórico: la electricidad, el telégrafo, la ingeniería moderna y los avances en astronomía alimentaban la sensación de que la humanidad estaba a punto de dominar el universo. Wells, formado científicamente bajo la influencia del célebre biólogo

Thomas Henry Huxley, comprendía bien ese clima intelectual, aunque también percibía su peligro: la arrogancia del progreso. Su novela responde precisamente a esa confianza excesiva. En lugar de celebrar el dominio humano sobre la naturaleza, imagina una inversión inquietante: la humanidad se convierte en la especie vulnerable. Los marcianos, enfrentados a la decadencia de su planeta, miran hacia la Tierra con la fría lógica de la supervivencia, de un modo que recuerda inevitablemente a las potencias europeas que en aquel mismo siglo colonizaban otros territorios del mundo.

Uno de los grandes logros de la novela es la manera magistral con que Wells hace nacer el miedo. No surge de un estallido repentino: aparece lentamente cuando lo cotidiano empieza a mostrar pequeñas grietas. Todo comienza con un fenómeno aparentemente inexplicable: unos cilindros metálicos caen del cielo. Al principio despiertan curiosidad científica; nadie imagina que contienen una amenaza capaz de alterar el destino de la humanidad. Cuando el peligro se comprende, ya es demasiado tarde. La novela se precipita entonces hacia una sucesión de escenas vertiginosas —ciudades paralizadas, multitudes en fuga, ejércitos incapaces de comprender al enemigo— que transmiten una sensación profundamente inquietante: la de que lo imposible podría suceder mañana mismo.

Más allá del espectáculo narrativo, la obra encierra una reflexión profundamente filosófica. Wells contempla a la humanidad con una mezcla de admiración y escepticismo: reconoce nuestra inteligencia, nuestra capacidad de organización y nuestra creatividad, pero también percibe nuestras debilidades, desde el pánico colectivo hasta la fragilidad de las estructuras sociales que creemos firmes. Influido por las teorías de la evolución, el autor plantea una pregunta inquietante: ¿qué garantiza que la humanidad ocupará siempre el lugar dominante en la cadena de la vida? La respuesta resulta

incómoda y profundamente moderna: la naturaleza no concede privilegios permanentes.

Desde su publicación, la obra ha dejado una huella cultural extraordinaria. Ha inspirado innumerables adaptaciones y ha moldeado buena parte del imaginario moderno sobre invasiones extraterrestres: máquinas gigantes, inteligencias alienígenas superiores y la vulnerabilidad humana frente a tecnologías desconocidas. El episodio más famoso ocurrió en 1938, cuando Orson Welles realizó una adaptación radiofónica que muchos oyentes confundieron con una invasión real, demostrando hasta qué punto la historia imaginada por Wells podía parecer inquietantemente plausible. Aquella emisión convirtió la novela en un fenómeno cultural y confirmó la extraordinaria capacidad de Wells para transformar una hipótesis científica en una experiencia narrativa casi tangible.

Pero reducir la novela a una simple aventura de ciencia ficción sería quedarse en la superficie. Wells propone algo mucho más ambicioso: un experimento imaginativo sobre la posición de la humanidad en el universo. Esta obra pertenece a esa rara categoría de libros que parecen adelantarse a su tiempo. Tal vez por eso su lectura sigue produciendo una mezcla de fascinación y desasosiego. Abre este libro y acompaña a Wells en su audaz ejercicio de imaginación. Puede que, al terminar, mires el cielo nocturno con una curiosidad ligeramente distinta, preguntándote qué otras miradas podrían estar observando nuestro pequeño mundo desde la inmensidad silenciosa del cosmos. Y tal vez entonces recuerdes que, en la historia que estás a punto de comenzar, todo empezó con una simple observación... y con unos extraños cilindros cayendo desde el cielo.

El editor

LIBRO PRIMERO
LA LLEGADA DE LOS MARCIANOS

I

LA VÍSPERA DE LA GUERRA

Nadie habría creído, en los últimos años del siglo XIX, que este mundo estaba siendo observado con una atención minuciosa, casi febril, por inteligencias superiores a la del hombre y, sin embargo, tan mortales como la suya; que mientras los hombres se afanaban en sus asuntos cotidianos, eran escrutados y estudiados, quizá con la misma meticulosidad con la que un hombre, ante el microscopio, examina a los efímeros seres que se agitan y se multiplican en una gota de agua. Con infinita complacencia, los hombres iban y venían por el globo ocupándose de sus pequeñas cosas, seguros, tranquilos, convencidos de su superioridad sobre la materia. Es posible que los infusorios bajo la lente hagan lo mismo. Nadie dedicaba un pensamiento a los viejos mundos del espacio como posibles fuentes de peligro para la humanidad, o si lo hacía era para desechar de inmediato la idea de vida en ellos como algo imposible o, cuando menos, improbable. Resulta curioso recordar ciertos hábitos mentales de aquellos días pasados. A lo sumo, algunos imaginaban que en Marte podía haber otros hombres, tal vez inferiores y dispuestos a acoger de buen grado una expedición enviada desde aquí. Y, sin embargo, al otro lado del abismo del espacio, mentes que son en relación con las nuestras lo que estas son para las de las bestias, intelectos vastos, fríos, desapasionados, contemplaban la Tierra con ojos envidiosos y, lenta pero inexorablemente, trazaban

sus planes contra nosotros. Y a comienzos del siglo XX llegó la gran desilusión.

No necesito recordar al lector que el planeta Marte gira en torno al Sol a una distancia media de ciento cuarenta millones de millas,^[1] y que la luz y el calor que recibe son poco más de la mitad de los que recibe nuestro mundo. Si la hipótesis sobre la formación del sistema planetario guarda alguna verdad, debe de ser más antiguo que la Tierra; y mucho antes de que este planeta dejara de ser un globo incandescente, la vida en Marte debía de haber iniciado ya su curso. El hecho de poseer apenas una séptima parte del volumen terrestre debió de acelerar su enfriamiento hasta alcanzar la temperatura en que la vida es posible. Tiene aire y agua, y todo cuanto hace falta para sostener seres animados.

Y, sin embargo, tan vano es el hombre, tan ciego lo vuelve su propia vanidad, que ningún escritor, hasta el mismo fin del siglo XIX, expresó jamás la posibilidad de que allí se hubiese desarrollado una vida inteligente tan adelantada, o incluso más adelantada, que la terrestre. Tampoco se comprendía aún que, siendo Marte más antiguo que la Tierra, con apenas una cuarta parte de su superficie y situado más lejos del Sol, era inevitable que se encontrara no solo más distante del amanecer del tiempo, sino también mucho más próximo a su ocaso.

El enfriamiento progresivo que algún día alcanzará a nuestro planeta ha avanzado ya de manera extraordinaria en nuestro vecino. Su estado físico sigue siendo en gran parte un misterio, pero hoy sabemos que incluso en la región ecuatorial las temperaturas del mediodía apenas llegan a igualar las de nuestro invierno más crudo. Su atmósfera es mucho más tenue que la nuestra; sus mares se han reducido hasta cubrir tan solo un tercio de su superficie; y, a medida que las

[1] Una milla equivale aproximadamente a 1,609 kilómetros. En este caso, ciento cuarenta millones de millas son aproximadamente 225,3 millones de kilómetros.

estaciones —lentas, dilatadas— se suceden, inmensos casquetes de nieve crecen y se derriten en torno a los polos, inundando periódicamente sus zonas templadas. Esa última etapa de agotamiento, que para nosotros aún parece increíblemente remota, es para los habitantes de Marte un problema de nuestros días. La presión inmediata de la necesidad ha agudizado su inteligencia, ha ampliado sus capacidades y ha endurecido sus corazones. Y, al mirar a través del espacio con instrumentos e inteligencias que apenas podemos imaginar, contemplan, a solo treinta y cinco millones de millas más cerca del Sol, una estrella matinal de esperanza: nuestro propio planeta, más cálido, verde de vegetación y azul de océanos, con una atmósfera nebulosa que habla de fertilidad y, entre jirones de nubes, destellos de vastas regiones pobladas y mares estrechos, repletos de naves.

Y nosotros, los hombres, las criaturas que habitamos esta Tierra, debemos de ser para ellos tan extraños e ínfimos como lo son para nosotros los monos y los lémures. El intelecto humano reconoce ya que la vida es una lucha incesante por la existencia, y parece que esa es también la convicción de las mentes marcianas. Su mundo avanza sin remedio hacia el frío final, mientras que el nuestro sigue rebosante de vida... pero de una vida que ellos consideran como perteneciente a animales inferiores. Lanzar la guerra hacia su vecino más próximo es, en verdad, su única vía de escape ante la destrucción que, generación tras generación, se cierne sobre ellos.

Y antes de juzgarlos con excesiva severidad, conviene recordar la despiadada y completa destrucción que nuestra propia especie ha infligido, no solo a animales —como el bisonte desaparecido o el dodo—, sino también a razas humanas consideradas inferiores. Los tasmanos, pese a su semejanza con nosotros, fueron barridos de la existencia en una guerra de exterminio librada por inmigrantes europeos en el espacio de cincuenta años. ¿Somos acaso apóstoles de la misericordia

como para quejarnos de que los marcianos guerrearán con el mismo espíritu?

Parece que los marcianos calcularon su descenso con una sutileza asombrosa —su saber matemático supera, evidentemente, con mucho al nuestro— y que llevaron a cabo sus preparativos con una unanimidad casi perfecta. Si nuestros instrumentos lo hubieran permitido, quizás habríamos advertido el problema en ciernes ya en el siglo XIX. Hombres como Schiaparelli^[2] observaron el planeta rojo —curioso, dicho sea de paso, que durante incontables siglos Marte^[3] haya sido la estrella de la guerra—, pero no supieron interpretar las fluctuaciones de los rasgos que cartografiaron tan bien. Todo ese tiempo, los marcianos debieron de estar preparándose.

Durante la oposición^[4] de 1894 se vio una gran luz en la parte iluminada del disco: primero en el Observatorio Lick, luego Perrotin en Niza y después otros observadores. Los lectores ingleses supieron de ello por primera vez en *Nature*,^[5] el 2 de agosto. Me inclino a pensar que aquel resplandor pudo deberse a la fundición del enorme cañón, en el vasto pozo excavado en su planeta, desde el cual lanzaron sus disparos hacia nosotros. En las dos oposiciones siguientes se observaron cerca de aquel punto unas marcas peculiares aún sin explicación.

[2] Giovanni Virginio Schiaparelli (1835-1910), astrónomo italiano, cartografió Marte en 1877 y empleó el término *canali*, que fue mal traducido como «canales», lo que alimentó la idea de construcciones artificiales marcianas.

[3] Marte recibe su nombre del dios romano de la guerra (*Mars*), equivalente al Ares griego; su color rojizo, visible a simple vista, se asoció tradicionalmente con la sangre y la violencia.

[4] En astronomía, «oposición» es la posición en que un planeta exterior se sitúa en línea recta con la Tierra y el Sol, quedando la Tierra en medio; es el momento de máxima visibilidad.

[5] *Nature* es una revista científica británica fundada en 1869, una de las más prestigiosas del mundo; en el siglo XIX ya difundía observaciones astronómicas relevantes.

La tormenta estalló sobre nosotros hace ahora seis años. A medida que Marte se aproximaba a la oposición, Lavelle, de Java, hizo vibrar las líneas telegráficas de la Asociación Astronómica con la asombrosa noticia de una gigantesca erupción de gas incandescente en el planeta. Había ocurrido hacia medianoche del día doce; y el espectroscopio, al que acudió de inmediato, indicaba una masa de gas en llamas —principalmente hidrógeno— moviéndose a enorme velocidad en dirección a la Tierra. A eso de las doce y cuarto, aquel chorro de fuego se había vuelto invisible. Lavelle lo comparó con una colosal bocanada de llama proyectada súbitamente hacia afuera, «como los gases ardientes que brotan de un cañón».

Fue, sin duda, una expresión singularmente adecuada. Y, sin embargo, al día siguiente no apareció nada de esto en los periódicos, salvo una breve nota en el *Daily Telegraph*, y el mundo siguió ignorando uno de los peligros más graves que jamás amenazaron a la humanidad. Puede que yo mismo no hubiese oído hablar de la erupción de no haberme encontrado con Ogilvy, el conocido astrónomo, en Ottershaw. Estaba profundamente excitado con la noticia y, en el exceso de su entusiasmo, me invitó aquella noche a acompañarlo en una observación del planeta rojo.

A pesar de todo lo ocurrido desde entonces, aún recuerdo con absoluta claridad aquella vigilia: el observatorio negro y silencioso, la lámpara cubierta proyectando en un rincón un resplandor débil sobre el suelo, el tictac constante del mecanismo que movía el telescopio, la estrecha abertura del techo por la que se divisaba un rectángulo negro tachonado de estrellas. Ogilvy se movía de un lado a otro, invisible pero audible. A través del telescopio se veía un círculo de azul profundo y, en su centro, el pequeño planeta, flotando en el campo visual. Era tan poca cosa, tan brillante, tan diminuto y tan quieto, apenas marcado por unas franjas transversales, ligeramente achatado con respecto al círculo perfecto. Pero

tan reducido era, tan cálidamente argénteo —¡una cabeza de alfiler luminosa!—, que parecía estremecerse, aunque en realidad era el temblor del telescopio vibrando por la actividad del mecanismo que mantenía al planeta en el ocular.

Mientras lo observaba, tuve la ilusión de que el planeta se agrandaba y encogía, que avanzaba y retrocedía, pero aquello no era más que el cansancio de mis ojos. Cuarenta millones de millas nos separaban de él, más de cuarenta millones de millas de vacío. Pocas personas alcanzan a imaginar la inmensidad de ese desierto en el que vaga el polvo del universo material.

Recuerdo que, cerca de él, en el mismo campo visual, había tres débiles puntitos de luz, tres estrellas telescópicas infinitamente remotas; y, en torno al planeta, la insondable negrura del espacio vacío. Ya sabe usted cómo es esa oscuridad en una noche clara y helada; pues bien, al telescopio parece aún más profunda. Y, aunque invisible para mí por su tamaño diminuto y su distancia, venía volando, rápida y silenciosamente, a través de aquel abismo increíble, acercándose cada minuto miles de millas, la Cosa que nos enviaban, la Cosa destinada a traer tanta lucha, tanta calamidad y tanta muerte a la Tierra. No lo imaginé entonces mientras miraba; nadie en el mundo soñó siquiera con aquel proyectil infalible.

Aquella misma noche hubo otra eyección de gas en el distante planeta. La vi. Un destello rojizo en el borde, una mínima protuberancia en el contorno justo cuando el cronómetro marcó la medianoche; se lo dije a Ogilvy y él ocupó mi lugar. La noche era cálida y yo tenía sed, así que avancé torpemente, tanteando en la oscuridad, hacia la mesita donde estaba el sifón, mientras Ogilvy exclamaba maravillado ante la estela de gas que avanzaba en nuestra dirección.

Esa noche partió hacia la Tierra otro proyectil invisible desde Marte, apenas veinticuatro horas después del primero. Recuerdo cómo me senté en la mesa, a oscuras, con manchas

verdes y carmesí flotando ante mis ojos. Ojalá hubiera tenido luz para encender un cigarrillo, sin sospechar que aquel leve fulgor que había visto y todo lo que pronto habría de traerme cambiarían mi vida por completo. Ogilvy observó hasta la una, y luego se rindió; encendimos el farol y regresamos a su casa. Abajo, en la oscuridad, Ottershaw y Chertsey, con sus centenares de habitantes, dormían en paz.

Aquel hombre estaba lleno de conjeturas sobre el estado de Marte, y se burlaba de la idea vulgar de que hubiese allí seres que intentaran comunicarse con nosotros. Su opinión era que una lluvia de meteoritos caía en abundancia sobre el planeta, o que se hallaba en curso una enorme erupción volcánica. Me señaló lo improbable que resultaba que la evolución orgánica hubiese seguido un rumbo semejante en dos planetas vecinos.

—Las probabilidades de que exista algo parecido al hombre en Marte son de un millón contra una —dijo.

Cientos de observadores vieron aquella llama esa noche y la siguiente, alrededor de la medianoche, y de nuevo la noche posterior; y así durante diez noches, una llamarada cada noche. Por qué cesaron los disparos después de la décima, nadie en la Tierra ha intentado explicarlo. Tal vez los gases de la detonación resultaran molestos para los marcianos. Densas nubes de humo o de polvo —visibles desde nuestro planeta, mediante un telescopio potente, como pequeñas manchas grises y fluctuantes— se extendieron por la limpia atmósfera marciana y velaron sus rasgos más familiares.

Hasta los periódicos de información general acabaron por despertar ante aquellas perturbaciones, y por todas partes empezaron a aparecer notas populares acerca de los supuestos volcanes de Marte. Recuerdo que la revista humorística *Punch* supo aprovechar muy bien el asunto en una caricatura política. Y, sin que nadie lo sospechara, aquellos proyectiles que los marcianos nos habían lanzado descendían ya

hacia la Tierra, precipitándose a razón de muchas millas por segundo a través del vacío del espacio, hora tras hora, día tras día, cada vez más cerca. Ahora me parece casi increíble que, con aquel destino veloz cerniéndose sobre nosotros, los hombres continuaran ocupados en sus asuntos triviales como si nada. Recuerdo la alegría de Markham al conseguir una nueva fotografía del planeta para el periódico ilustrado que dirigía entonces. Hoy cuesta imaginar la audacia y la abundancia informativa de la prensa decimonónica. Por mi parte, yo estaba muy ocupado aprendiendo a montar en bicicleta y preparando una serie de artículos sobre la posible evolución de las ideas morales a medida que avanzara la civilización.

Una noche (el primer proyectil no debía de hallarse ya a más de diez millones de millas) salí a pasear con mi esposa. Era una noche estrellada, y le expliqué los signos del Zodíaco, señalándole Marte, un punto luminoso que ascendía hacia el cenit, hacia donde apuntaban tantos telescopios. La noche era templada. Al regresar, un grupo de excursionistas de Chertsey o de Isleworth pasó junto a nosotros cantando y tocando música. En las ventanas altas de las casas brillaban luces mientras la gente se acostaba. Desde la estación de ferrocarril, a lo lejos, llegaba el sonido de los trenes maniobrando, un repiqueteo y un estruendo mitigados por la distancia hasta parecer casi melodía. Mi esposa me señaló el fulgor de las luces de señalización —rojas, verdes y amarillas— suspendidas en su almacén contra el cielo. Todo parecía tan seguro y tan apacible...

II

LA ESTRELLA FUGAZ

Y llegó entonces la noche de la primera estrella caída. Fue vista de madrugada, precipitándose sobre Winchester hacia el este, una línea de fuego en lo alto de la atmósfera. Cientos debieron verla y tomarla por una estrella fugaz cualquiera. Albin describió que dejaba tras de sí una estela verdosa que resplandecía unos segundos. Denning, nuestra mayor autoridad en meteoritos, afirmó que apareció a una altura de unas noventa a cien millas. Le pareció que había caído a la Tierra a unas cien millas al este de su posición.

A esa hora yo estaba en casa, escribiendo en mi estudio; y aunque mis ventanales dan hacia Ottershaw y la persiana estaba levantada (pues entonces me encantaba contemplar el cielo nocturno), no vi nada. Y, sin embargo, aquella cosa —la más extraña que jamás llegó a la Tierra desde el espacio exterior— debió de caer mientras yo estaba sentado allí, perfectamente visible para mí de haber alzado la vista en el instante preciso. Algunos de los que vieron su trayectoria dicen que viajaba con un silbido. Yo no escuché nada. Muchos habitantes de Berkshire, Surrey y Middlesex debieron ver su caída y, a lo sumo, pensar que era otro meteorito más. Nadie, al parecer, se preocupó en buscar el objeto caído esa noche.

Pero muy temprano, al amanecer, el pobre Ogilvy —que había visto la estrella fugaz y estaba convencido de que algún meteorito yacía en algún punto del páramo entre Horsell, Ottershaw y Woking—^[6] se levantó con la idea de encontrarlo. Y lo encontró, poco después del alba, no lejos de las canteras de arena. Un enorme agujero había sido abierto por

[6] Horsell y Ottershaw son localidades del condado de Surrey próximas a Woking, ciudad situada al suroeste de Londres. H. G. Wells conocía bien esta zona —residió en Woking en la década de 1890— y sitúa allí la caída del primer cilindro para dotar a la narración de un fuerte anclaje geográfico real.

el impacto del proyectil, y la arena y la grava habían sido arrojadas con violencia en todas direcciones sobre el brezal, formando montículos visibles a una milla y media de distancia. La hierba ardía hacia el este, y una fina humareda azul se elevaba contra la luz del amanecer.

La Cosa en sí estaba casi por completo enterrada en la arena, entre los fragmentos dispersos de un pino que había hecho añicos en su caída. La parte descubierta tenía el aspecto de un enorme cilindro cubierto de barro y sus líneas exteriores estaban suavizadas por unas incrustaciones como escamas de color parduzco. Su diámetro era de unas treinta yardas.^[7] Ogilvy se acercó sorprendido por el tamaño y aún más por la forma, pues la mayoría de los meteoritos son casi completamente esféricos. Sin embargo, todavía estaba tan caliente por su tránsito a través de la atmósfera que le impedía aproximarse demasiado. Atribuyó el rumor que provenía del interior del cilindro al desigual enfriamiento de su superficie; pues, en ese momento, aún no se le había ocurrido que pudiera ser hueco.

Permaneció junto al borde del cráter que la Cosa había abierto, contemplando su extraña apariencia, asombrado sobre todo por su forma y color inusuales, y percibiendo ya entonces, vagamente, algún indicio de intención en su llegada. La mañana estaba maravillosamente silenciosa, y el sol, que acababa de elevarse sobre los pinos en dirección a Weybridge, ya era cálido. No recordaba haber oído pájaros ese día; desde luego no soplabla brisa alguna, y los únicos sonidos eran los leves movimientos que venían del interior del cilindro chamuscado. Estaba completamente solo en el páramo.

[7] Una yarda equivale aproximadamente a 0,9144 metros. En este caso, treinta yardas son aproximadamente 27,432 metros.

Entonces advirtió de pronto, con un sobresalto, que parte de las cenizas solidificadas —la incrustación cenicienta que recubría al meteorito— se desprendían del borde circular del extremo. Caían hechas escamas, lloviendo sobre la arena. Un gran fragmento se desprendió de repente y cayó con un golpe seco que hizo que se le subiera el corazón a la garganta.

Durante un minuto apenas comprendió lo que aquello significaba y, aunque el calor era insoportable, descendió a trompicones dentro del hoyo, acercándose al enorme cuerpo para ver la Cosa con mayor claridad. Imaginó entonces que tal vez el desprendimiento de la costra de cenizas se debía al enfriamiento del objeto; pero lo que desbarató esa idea fue advertir que la ceniza caía solo del extremo del cilindro.

Y entonces percibió que, muy lentamente, la tapa circular del cilindro estaba girando sobre su cuerpo. El movimiento era tan gradual que solo lo advirtió al darse cuenta de que una marca negra que cinco minutos antes estaba cerca de él aparecía ahora al otro lado de la circunferencia. Incluso entonces apenas captó lo que aquello indicaba, hasta que oyó un ruido sordo, como un roce amortiguado, y vio cómo la marca negra avanzaba de un tirón casi una pulgada.^[8] Entonces lo comprendió de golpe. ¡El cilindro era artificial —hueco—, con un extremo que se desenroscaba! ¡Algo dentro del cilindro estaba desatornillando la tapa!

—¡Dios santo! —exclamó Ogilvy—. ¡Hay un hombre ahí dentro... hombres ahí dentro! ¡Medio asados, tratando de salir!

De inmediato, en un instante de lucidez, relacionó la Cosa con el resplandor de las explosiones vistas en Marte.

El pensamiento de aquella criatura encerrada le resultó tan espantoso que olvidó el calor y avanzó hacia el cilindro para intentar ayudar a girarlo. Pero, por fortuna, la radiación aún

[8] Una pulgada equivale aproximadamente a 2,54 centímetros.

ardiente lo detuvo antes de que pudiera quemarse las manos al tocar el metal incandescente. Se quedó un instante indeciso; luego dio media vuelta, trepó fuera del cráter y echó a correr desatado hacia Woking. Debía de ser alrededor de las seis de la mañana. Se cruzó con un carretero e intentó hacerle comprender lo ocurrido; pero el relato que balbuceaba y su aspecto —se había dejado el sombrero en el hoyo— eran tan desatinados, que el hombre siguió adelante sin hacerle caso. Tampoco tuvo éxito con el mozo que en ese momento abría la taberna junto al puente de Horsell: el hombre lo tomó por un loco suelto e intentó encerrar a Ogilvy en su taberna, sin lograrlo. Aquello logró serenarlo un poco; y cuando vio a Henderson, el periodista londinense, en su jardín, le gritó por encima de la valla hasta hacerse entender.

—¡Henderson! —clamó—. ¿Viste anoche la estrella fugaz?

—¿Y bien? —respondió Henderson.

—Pues está ahora en el páramo de Horsell.

—¡Santo cielo! —dijo Henderson—. ¡Un meteorito caído! No está mal.

—Pero es algo más que un meteorito. Es un cilindro... ¡un cilindro artificial, hombre! Y hay algo dentro.

Henderson se irguió con la pala en la mano.

—¿Qué dices? —preguntó. Era sordo de un oído.

Ogilvy le relató todo lo que había visto. Henderson tardó un minuto en asimilarlo. Después dejó caer la pala, se echó la chaqueta encima y salió a la carretera. Los dos hombres volvieron a toda prisa al páramo y encontraron el cilindro aún en la misma posición. Pero ahora los ruidos del interior habían cesado, y un fino aro de metal brillante asomaba entre la tapa y el cuerpo del cilindro. El aire entraba o escapaba por el borde con un silbido leve y agudo.

Escucharon, golpearon el metal escamoso y chamuscado con un palo y, al no obtener respuesta alguna, llegaron ambos a la conclusión de que el ser o los seres que se hallaban en el interior debían de estar inconscientes o muertos.

Naturalmente, los dos eran incapaces de hacer nada. Gritaron palabras de consuelo y promesas, y volvieron corriendo al pueblo para pedir ayuda. Podemos imaginarlos, cubiertos de arena, excitados y descompuestos, subiendo por la callejuela bajo el vivo sol de la mañana, justo cuando los comerciantes abrían sus negocios y la gente se asomaba a las ventanas de sus dormitorios. Henderson se dirigió de inmediato a la estación del ferrocarril para telegrafiar la noticia a Londres. Los artículos de los periódicos habían preparado ya los ánimos para recibir la idea sin demasiado escepticismo.

A eso de las ocho, varios muchachos y hombres desocupados se habían puesto ya en camino hacia el campo comunal para ver a los «hombres muertos de Marte». Así había tomado forma el rumor. Yo lo oí por primera vez por boca del muchacho que me traía el periódico, hacia las nueve menos cuarto, cuando salí a recoger mi *Daily Chronicle*. *Naturalmente, me quedé sobresaltado y no perdí tiempo en salir, cruzar el puente de Ottershaw y dirigirme a las canteras.*

III

EN EL CAMPO COMUNAL DE HORSELL

Encontré un pequeño grupo de unas veinte personas alrededor del enorme hoyo en el que reposaba el cilindro. Ya he descrito el aspecto de aquella masa colosal, incrustada en la tierra. El césped y la grava en torno parecían carbonizados, como si una explosión repentina hubiese estallado allí. Sin duda su impacto había provocado un fogonazo. Henderson

y Ogilvy no estaban presentes. Imagino que comprendieron que, por el momento, no había nada que hacer y se habían ido a desayunar a casa de Henderson.

Había cuatro o cinco chiquillos sentados en el borde del cráter, con las piernas colgando, entreteniéndose —hasta que los detuve— en arrojar piedras contra la gigantesca mole. Después de que les llamara la atención, se pusieron a jugar al «pilla-pilla» corriendo entre el grupo de curiosos.

Entre estos se contaban un par de ciclistas, un jardinero eventual a quien yo contrataba a veces, una muchacha que llevaba un bebé en brazos, Gregg el carnicero con su niño pequeño y dos o tres holgazanes que acostumbraban a vagabundear por la estación de tren. Se hablaba muy poco. En aquellos días, la mayoría de la gente sencilla de Inglaterra no tenía más que las nociones astronómicas más vagas. Casi todos miraban en silencio el extremo chato del cilindro, el cual estaba aún tal como lo habían dejado Ogilvy y Henderson. Me atrevo a decir que la expectativa popular de hallar un montón de cadáveres carbonizados quedó frustrada ante aquella masa inerte. Algunos se marcharon y también llegaron otros mientras yo estaba allí.

Me deslicé dentro del hoyo y creí oír un leve movimiento bajo mis pies. La tapa, desde luego, había dejado de girar.

Solo cuando me acerqué tanto fue evidente para mí lo extraño del objeto. A primera vista no resultaba más llamativo que una carreta volcada o un árbol caído atravesando un camino. Ni siquiera tanto. Parecía un viejo flotador de gas oxidado. Era necesaria cierta formación científica para comprender que aquella escama gris de la Cosa no era un óxido corriente, que el metal blancuzco y amarillento que relucía en la hendidura entre la tapa y el cilindro tenía un matiz desconocido. El término «extraterrestre» no significaba nada para la mayoría de los presentes.

En aquel momento tenía perfectamente claro que la Cosa había llegado del planeta Marte, pero juzgaba improbable que contuviera un ser vivo. Pensé que el mecanismo de desenroscado podía ser automático. A pesar de lo dicho por Ogilvy, yo seguía creyendo que había habitantes en Marte. Mi imaginación se perdía en fantasías sobre la posibilidad de que dentro hubiera manuscritos, sobre las dificultades que surgirían al traducirlos, sobre si hallaríamos monedas o modelos y otras especulaciones semejantes. Sin embargo, la Cosa era demasiado grande para dar por segura aquella idea. Sentía una impaciencia creciente por verla abierta. Hacia las once, como nada parecía ocurrir, regresé, absorto en estos pensamientos, a mi casa de Maybury. Pero me resultó difícil ponerme a trabajar en mis investigaciones abstractas.

Por la tarde, el aspecto del campo comunal había cambiado por completo. Las primeras ediciones de los periódicos de la tarde habían sobresaltado a Londres con enormes titulares:

«UN MENSAJE RECIBIDO DE MARTE».

«NOTICIA EXTRAORDINARIA DESDE WOKING».

y otros por el estilo. Además, el telegrama de Ogilvy a la Sociedad Astronómica había puesto en guardia a todos los observatorios de los tres reinos.

Había media docena o más de coches de alquiler de la estación de Woking estacionados junto a las canteras, un pequeño cochecito de Chobham y un carruaje bastante imponente. A esto se sumaba un buen montón de bicicletas. Y, además, mucha gente debía de haber ido caminando, pese al calor del día, desde Woking y Chertsey, de modo que había reunida una multitud considerable, entre ellos una o dos damas con trajes vistosos.

El calor era abrasador; no había una sola nube en el cielo ni soplaba la más leve brisa, y la única sombra procedía de unos cuantos pinos dispersos. La brecina que ardía había

sido apagada, pero el terreno llano hacia Ottershaw estaba ennegrecido hasta donde alcanzaba la vista y aún despedía columnas verticales de humo. Un espabilado comerciante de la carretera de Chobham había enviado a su hijo con una carretilla cargada de manzanas verdes y cerveza de jengibre.

Al acercarme al borde del hoyo, lo encontré ocupado por un grupo de unos seis hombres —Henderson, Ogilvy y un sujeto alto y rubio que después supe era Stent, astrónomo del Observatorio Real— junto con varios obreros que blandían palas y picos. Stent daba instrucciones con una voz clara y aguda. Estaba de pie sobre el cilindro, que evidentemente estaba ya mucho más frío; su rostro estaba congestionado y chorreante de sudor, y algo parecía irritarle.

Una gran parte del cilindro había quedado al descubierto, aunque su extremo inferior seguía enterrado. Tan pronto como Ogilvy me vio entre la gente que se agolpaba en el borde del cráter, me llamó para que bajara y me pidió el favor de ir a ver a Lord Hilton, el señor de la finca.

La creciente multitud, dijo, estaba convirtiéndose en un serio obstáculo para las excavaciones, especialmente los niños. Querían levantar una pequeña valla y conseguir ayuda para mantener a la gente a raya. Me contó que a veces aún se oía un leve movimiento desde dentro, pero que los obreros no habían logrado desenroscar la tapa, pues no ofrecía ningún punto de agarre. La estructura parecía de un grosor enorme, y cabía la posibilidad de que los tenues sonidos que se percibían fueran, en realidad, gritos o golpes muy fuertes procedentes del interior.

Me alegré mucho de hacer lo que me pedía, y así convertirme en uno de los espectadores privilegiados dentro del futuro recinto. No encontré a Lord Hilton en su casa, pero me dijeron que llegaría de Londres en el tren de las seis desde Waterloo; y como entonces serían las cinco y cuarto, regresé

a casa, tomé una taza de té y luego subí a la estación para esperarlo.

IV

EL CILINDRO SE ABRE

Cuando regresé al campo comunal, el sol ya se ponía. Pequeños grupos dispersos venían apresuradamente desde Woking, y alguna que otra persona regresaba a sus hogares. La multitud alrededor del hoyo había crecido y se recortaba contra el cielo amarillento: quizá un par de centenas de personas. Se oían voces y parecía que algunas personas estaban forcejeando en torno al cráter. Sombras inquietantes cruzaron mi mente. Al acercarme, oí la voz de Stent:

—¡Atrás! ¡Atrás!

Un muchacho vino corriendo hacia mí.

—Se está moviendo —me dijo al pasar—; desenroscándose y desenroscándose. No me gusta. Me voy a casa, yo me voy.

Seguí avanzando hasta alcanzar a la multitud. Serían, pensé, dos o trescientas personas empujándose y codeándose, y las pocas damas presentes no eran, ni mucho menos, las menos agitadas.

—¡Se ha caído al hoyo! —gritó alguien.

—¡Atrás! —repetieron varios.

La multitud se apartó un poco y yo me abrí paso a codazos. Todos parecían muy excitados. Oí un zumbido peculiar que provenía del cráter.

—¡Oiga! —exclamó Ogilvy—. Ayúdenos a mantener a estos idiotas alejados. ¡No sabemos qué hay en esa condenada cosa!

Vi a un joven —creo que dependiente en Woking— de pie sobre el cilindro, intentando escalar de nuevo fuera del hoyo. La multitud lo había empujado dentro.

El extremo del cilindro estaba siendo desenroscado desde dentro. Casi dos pies^[9] de tornillo brillante sobresalían ya. Alguien tropezó conmigo y por poco caigo de cabeza sobre la rosca. Me volví, y al hacerlo la tapa debió de soltarse, porque cayó sobre la grava con un estrépito metálico. Clavé el codo en la persona que tenía detrás y volví la vista hacia la Cosa. Por un instante, aquella cavidad circular me pareció completamente negra. Tenía el resplandor del crepúsculo frente a los ojos.

Creo que todos esperábamos ver emerger a un hombre... acaso algo distinto de nosotros, los hombres terrestres, pero esencialmente un hombre. Yo, desde luego, así lo imaginaba. Pero, al mirar fijamente, distinguí algo moviéndose dentro de las sombras: ondulaciones grisáceas, hinchándose unas sobre otras, y luego dos discos luminosos... como ojos. Después, algo parecido a una pequeña serpiente gris, del grosor de un bastón, se alzó en espiral y se agitó en el aire hacia mí... A ese primer tentáculo siguió inmediatamente otro.

Un súbito escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Una mujer, detrás de mí, lanzó un chillido agudo. Me volví a medias, sin apartar los ojos del cilindro, del cual ya emergían otros tentáculos, y empecé a empujar a la gente hacia atrás, alejándome del borde. Vi cómo el asombro se transformaba en horror en los rostros que había a mi alrededor. Oí exclamaciones inarticuladas por todas partes. Hubo un movimiento general hacia atrás. Vi al dependiente forcejeando todavía al borde del cráter. De pronto me encontré solo, viendo cómo la gente del lado opuesto huía despavorida, entre ellos Stent. Miré de

[9] Un pie equivale aproximadamente a 30,48 centímetros. En este caso, dos pies son aproximadamente 60,96 centímetros.

nuevo al cilindro y un terror incontenible me dominó. Quedé petrificado, sin poder apartar la vista.

Una enorme masa grisácea, redondeada, del tamaño quizá de un oso, ascendía lentamente y con dificultad desde el interior del cilindro. Al salir y ser iluminado por la luz, brilló como cuero mojado.

Un par de ojos grandes, oscuros, me contemplaban fijamente. La masa que los enmarcaba —la cabeza de la criatura— era redondeada y tenía, podría decirse, un rostro. Bajo los ojos había una boca, cuyo borde sin labios temblaba, jadeaba y babeaba. Toda la criatura se agitaba y palpitaba en espasmos convulsos. Un apéndice largo y tentacular se aferraba al borde del cilindro; otro se balanceaba en el aire.

Quienes nunca hayan visto a un marciano vivo apenas pueden imaginar el horror extraño de su apariencia. Aquella boca extraña, en forma de uve, con el labio superior puntiagudo; una frente completamente lisa, sin el menor relieve sobre las cejas; la falta de barbilla bajo el labio inferior, afilado como una cuña; el temblor incesante de esa boca; los grupos de tentáculos, como górgonas palpitantes; la respiración dificultosa de sus pulmones en una atmósfera ajena; la evidente pesadez y el esfuerzo doloroso de sus movimientos bajo la gravedad mayor de la Tierra y, por encima de todo, la intensidad extraordinaria de sus enormes ojos... Todo ello componía un ser a un tiempo vivo e intenso, pero también inhumano, lisiado y monstruoso. Había algo fúngico en su piel parda y aceitosa; algo indescriptiblemente repulsivo en la torpeza deliberada de sus tediosos movimientos. Incluso en ese primer encuentro, en ese primer destello, me invadieron el asco y el espanto.

De pronto, el monstruo desapareció. Había volcado por encima del borde del cilindro y caído dentro del foso con un golpe semejante al de una enorme masa de cuero

al desplomarse. Le oí emitir un grito ronco, extraño, y al instante apareció otra de aquellas criaturas, una sombra en lo profundo de la abertura.

Me di media vuelta y eché a correr, desesperadamente, hacia el primer grupo de árboles, a unas cien yardas quizá; pero corría de lado, tropezando, incapaz de apartar la vista de aquellas cosas.

Allí, entre unos jóvenes pinos y matas de tojo, me detuve jadeante, aguardando el desarrollo de los acontecimientos. El campo comunal alrededor de las canteras estaba salpicado de gente, que permanecía como yo, presa de un terror a medias fascinante, contemplando a esas criaturas, o más bien el montón de grava junto al foso donde yacían. Y entonces, con un horror renovado, vi un objeto redondo y negro que subía y bajaba en el borde del cráter. Era la cabeza del dependiente que había caído dentro, visible solo como una pequeña silueta oscura contra el sol abrasador del oeste. Ahora lograba alzar el hombro y la rodilla, y de nuevo parecía resbalar hasta quedar únicamente asomando su cabeza. De pronto desapareció, y me pareció oír un leve chillido. Tuve un impulso momentáneo de regresar a ayudarlo, pero fue más fuerte mi pánico que mi voluntad.

Luego todo quedó oculto tras el profundo foso y los montones de arena levantados por la caída del cilindro. Cualquiera que llegara por la carretera desde Chobham o Woking habría quedado atónito ante el espectáculo: una multitud menguante, tal vez un centenar de personas, formando un gran círculo irregular, escondidas en zanjas, detrás de arbus-tos, de portones y setos, hablándose poco y, cuando lo hacían, solo en breves y excitados gritos, mirando fijamente, con toda su atención, unos cuantos montones de arena. La carretilla de cerveza de jengibre permanecía allí, un extraño naufragio, negra contra el cielo ardiente, y en las canteras se alineaban

vehículos abandonados con los caballos comiendo de las bolsas o pateando el suelo.

V

EL RAYO ARDIENTE

Tras aquel primer vistazo a los marcianos emergiendo del cilindro en que habían venido de su planeta a la Tierra, una especie de fascinación paralizó mis actos. Me quedé de pie, con la brecina hasta las rodillas, mirando el montículo que los ocultaba. Era un campo de batalla entre el miedo y la curiosidad.

No me atrevía a acercarme de nuevo al foso, pero sentía un extraordinario deseo de asomarme a él. Empecé, pues, a caminar describiendo un gran arco, en busca de algún punto desde el que pudiera ver, sin dejar de vigilar los montones de arena que ocultaban a los recién llegados a nuestro mundo. En una ocasión, un haz de finos látigos negros, semejantes a brazos de pulpo, cruzó fugazmente el crepúsculo y se retiró al instante; y luego se elevó una delgada vara articulada rematada en su parte superior por un disco circular que giraba con un movimiento bamboleante. ¿Qué estaría haciendo?

La mayoría de los espectadores se habían agrupado en dos grupos: uno, una pequeña muchedumbre hacia Woking; el otro, un nudo de gente en dirección a Chobham. Evidentemente compartían mi conflicto interior. Cerca de mí había pocos. Me acerqué a un hombre —un vecino, según advertí, aunque no sabía su nombre— y lo abordé. Pero no era momento para conversaciones coherentes.

—¡Qué bichos tan repugnantes! —decía—. ¡Dios mío, qué bichos tan repugnantes!

Fin de la edición promocional